

Los laberintos del placer en el cerebro

Francisco Mora

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 30/03/2006

Francisco Mora es un neurobiólogo acreditado, con una loable trayectoria de divulgador de su arte, que se ha plasmado ya en varios libros dirigidos a un público general. Ahora pretende guiarnos por los laberintos del placer en el cerebro humano, y lo hace en un estilo exento de tecnicismos y rico en metáforas.

En todo progreso del conocimiento aumentan las certezas al precio de multiplicar las dudas. Creía saber qué se entiende por placer, pero después de leer este libro, debo confesar mi confusión al respecto. Como “sensación producida en los sentidos o en la sensibilidad estética por algo que gusta mucho; como un manjar exquisito, un baño en el mar o un trozo de música”, aparece en el diccionario de María Moliner, mientras en otros las definiciones son más vagas y escuetas: “contento del ánimo”, “sensación agradable” o “estado de gratificación”. Mora, en su glosario, lo define como una experiencia subjetiva producida por la satisfacción de alguna necesidad de significado intelectual o emocional, e indica que su sustrato neurobiológico está en los circuitos límbico-corticales de la recompensa. En el propio texto, se extiende el concepto a una amplia gama de supuestos humanos, más allá de los más primarios de la comida, la bebida y la sexualidad, y de los meramente estéticos del arte plástico o la música: el juego, la ciencia, el conocimiento, la venganza, la experiencia religiosa o la sensación de vivir, entre otros. En el capítulo de introducción se va en dirección opuesta, al contemplar supuestos propios de los seres unicelulares y las plantas. Es en esta amplitud de supuestos donde está el origen de mi perplejidad.

El cerebro es como una caja china que contiene, a su vez, otras cajas interconectadas entre sí, dice Mora, y una de estas cajas contiene en sus circuitos neuronales los códigos que elaboran nuestros sentimientos de placer y castigo. A explorar esta caja se empezó hace unas décadas con los trabajos pioneros de Walter Hess, quien introdujo la técnica de implantar electrodos en distintas zonas del cerebro para inducir estímulos eléctricos en ellas. Así se descubrió que en el cerebro profundo existen áreas que si se estimulan se causa placer y otras en las que se genera la reacción opuesta. Dado que las mismas neuronas pueden ser disparadas tanto por el estímulo artificial como por los naturales, es razonable pensar que los circuitos de placer y recompensa deben ser piezas comunes a las respuestas a las distintas situaciones placenteras, aunque, por otra parte, somos capaces de distinguir entre distintos tipos de placer, y esto presupone la existencia adicional de circuitos específicos, conectados antes o después con los comunes. El estímulo eléctrico supondría un atajo respecto al natural hacia el circuito del placer, un circuito cuyo análisis sería sencillo si no fuera porque la respuesta placentera es altamente contextual: un mismo sujeto estimulado en un mismo punto no reproduce la respuesta.

Queda algo en el aire la evidencia de que los placeres más evanescentes enlacen todos con el mecanismo de recompensa antes aludido. Así por ejemplo, es difícil de aceptar que el concierto para piano número 3, de Rachmaninoff, pueda arrojar un resultado neurológico específico respecto a los de otras piezas, una posibilidad que el autor trata de un modo un tanto acritico. Los del placer son mecanismos de regulación avanzados, vinculados al intelecto y a las emociones, localizados en un sustrato neurobiológico específico, por lo que la idea de que operan también en los seres unicelulares y en las plantas no responde a la evidencia. Los mecanismos que aseguran los nutrientes a los organismos unicelulares o los mecanismos de defensa en plantas ni siquiera se asemejan a los circuitos de placer y recompensa del cerebro humano.

Los distintos tipos de placer, los estímulos artificiales, de los eléctricos a los químicos, y los fenómenos asociados, como la adicción o la tolerancia, se examinan de modo autorizado y asequible en el cuerpo principal del libro, que, en menos de un centenar de páginas, se ocupa principalmente, aunque no en exclusiva, del ser humano y de los mamíferos.